

LA SOCIEDAD DIGITAL Y EL DIÁLOGO TRANSATLÁNTICO

Juan Luis Cebrián
(Real Academia Española)

El debate sobre los nuevos medios de comunicación, transformados a partir de la aplicación de tecnologías avanzadas, y su influencia en la sociedad camina más despacio que las consecuencias objetivas y evidentes, que la llamada sociedad global de la información tiene ya para los ciudadanos de todos los países del mundo, incluso si muchos no son conscientes de esa influencia. La globalización, en sus aspectos políticos económicos y sociales, afecta a la humanidad por completo aunque, como muy bien se ha encargado de señalar el gran pensador francés Edgar Morin en su libro *Terre-Patrie*, hay quien juegue en ese escenario el papel de víctimas y quién el de verdugos.

No participo de las discusiones aun en boga sobre si la llegada de la sociedad digital constituye una revolución, como tantos estudiosos y profesionales del medio anuncian, o un importante cambio evolutivo, de consecuencias profundas pero no estructurales. Hace ya tiempo que me apunté a la tesis primera por razones estrictamente teóricas: la incorporación de los sistemas técnicos digitales a la manipulación, transporte y recepción de la información ha permitido reducir a un solo elemento -los bites- lo que antes estaba compuesto de elementos diferentes. Es en esa sencilla explicación donde se resumen el carácter convergente de la nueva cultura (textos, imágenes animadas y sonidos en continua conspiración entre ellos) y los rasgos del nacimiento de una nueva civilización.

Aunque gran parte de nuestra atención se centra en estudiar cómo Internet va a influir en la vida doméstica y social de los habitantes del milenio entrante, es preciso señalar que la sociedad digital no se reduce a la existencia de la red de redes, sino que constituye algo más amplio. Los soportes digitales de información y los vehículos que la transportan, los servidores que la almacenan y los terminales que la transforman, son ya muy variados y todos ellos contribuyen a ese fenómeno peculiar y novedoso de la digitalización de nuestras vidas. Los satélites artificiales, la televisión digital temática, los nuevos sistemas de gestión del conocimiento, y tantas otras aportaciones tecnológicas, configuran un mundo complejo en el que Internet, sin embargo, constituye el paradigma, el corazón esencial de los desarrollos del nuevo proceso.

Lo más seguro que podemos decir de Internet es que todavía no sabemos mucho sobre ella. Pese a los miles, decenas de miles de trabajos escritos sobre la red, las numerosas investigaciones y simposios que en torno a la misma se desarrollan, y el esfuerzo de organismos públicos y privados por comprender sus posibilidades, es difícil encontrar conceptos nuevos, ideaciones válidas, que nos permitan avanzar en los estudios prospectivos sobre las consecuencias de la llamada sociedad digital para el futuro de nuestra civilización. Nuestras teorías se han ido construyendo más mediante constataciones empíricas que por la aplicación de criterios o principios predeterminados. Los valores antiguos han entrado en crisis y los nuevos están por definir. Quizá no haya llegado todavía

la hora de las respuestas, y estemos sólo en la de la formulación de las cuestiones, pero de cuán acertados nos mostremos al plantear éstas depende en gran medida nuestra capacidad de entendimiento del fenómeno. Y aun no sabiendo mucho, sí podemos decir que existe ya un elenco de definiciones o de precisiones que perfilan las características de nuestra sociedad digital, y que permiten suponer el carácter netamente revolucionario de la misma, esa capacidad para promover un cambio de civilización, a la que antes me refería.

Procuraré resumir en seis puntos algunas evidencias, cuya asunción me parece del todo necesaria por cuantos quieran acercarse a la comprensión del tema.

1.- La sociedad digital es global: no conoce fronteras geográficas y temporales. Sin embargo, son todavía muchos en la industria, en la universidad, en el comercio, en la política, en la justicia, los que orientan su acción en la red prescindiendo de este carácter de globalidad. Por más que las comunidades locales o territoriales puedan beneficiarse de sus efectos, Internet tiene un comportamiento y un destino planetarios.

2.- La sociedad digital es convergente: confluyen en ella muchas disciplinas, tareas y especialidades del saber y el hacer que acostumbraban a andar por separado y, antes o después, alumbrará una nueva epistemología.

3.- La sociedad digital es interactiva: el fundamento de su acción es el diálogo, la cooperación.

4.- La sociedad digital es caótica: no admite jerarquías reconocidas ni se somete fácilmente a los parámetros habituales de la autoridad.

5.- La sociedad digital es la cuna de una nueva realidad virtual, que no es solo una realidad imaginada o representada.

6.- La sociedad digital es rauda: se desarrolla de forma casi autónoma a gran rapidez, y ha desbordado todas las previsiones sobre su crecimiento.

La comprensión de la nueva cultura parte necesariamente desde estos principios; olvidar cualquiera de ellos es estar condenado al fracaso pero, obviamente, no se agota ahí, sino que a partir de los mismos es necesario, y me atrevería a decir que urgente, continuar elaborando, estudiando, investigando, cuestionándose el futuro, para lo que es preciso, primero, una adecuada descripción del presente.

Si esa descripción es estadística, los datos nos hablan de una situación extremadamente preocupante en algunos aspectos. La implantación de la sociedad digital está ligada íntimamente a la densidad de las redes telefónicas y el tráfico mundial de las telecomunicaciones. Sin embargo, más del ochenta por ciento del mismo se encuentra concentrado entre los Estados Unidos (más Canadá), la Unión Europea, Japón y Australia. De los probables más de doscientos millones de internautas que hoy operan en el mundo, más de la mitad son norteamericanos, y hay regiones enteras del planeta, fundamentalmente África, pero también grandes extensiones de Asia, América Latina y la región euroasiática

que viven al margen de esta revolución, más preocupados sin duda por aquellas otras que permitan comer a la población y protegerse contra las inclemencias del tiempo y las de los regímenes tiránicos que las oprimen. Internet es, desde ese punto de vista, una revolución de los ricos, un fenómeno que si no es manejado adecuadamente por las autoridades políticas y las fuerzas sociales puede contribuir a agrandar las distancias entre regiones, países y ciudadanos pobres e ignorantes respecto a aquellas otras que tienen el control del dinero y el conocimiento. Pero también ofrece posibilidades, hasta ahora difíciles de imaginar, que permiten proporcionar un impulso acelerado al desarrollo de esas zonas o clases deprimidas.

Aunque no creo en la neutralidad de las tecnologías, y me resulta arduo aceptar que su bondad o maldad se derive exclusivamente del uso que el hombre haga de ellas, para nada me apunto tampoco a las quejas de los nuevos luditas digitales. En el progreso científico y tecnológico se encuentran muchas de las respuestas a la búsqueda desesperada de felicidad, o de simple calma, en que miles de millones de seres humanos se hallan empeñados. Internet y la sociedad digital permiten imaginar perspectivas hasta ahora no soñadas en lo que se refiere al intercambio de saberes, el diálogo entre las culturas y la convergencia de las civilizaciones, en lo que podríamos describir como una conciencia planetaria, una especie de ética universal, necesaria si se quiere efectivamente ayudar los desposeídos de la Tierra, devolverles la soberanía sobre su propio ser.

No cabe la más mínima duda sobre el hecho de que, siendo Internet un fenómeno intrínsecamente interactivo y global, las nuevas tecnologías afectarán sobremanera al diálogo trasatlántico en todos sus perfiles: en la economía, singularmente en la financiera, pero también, y hasta niveles ahora insospechados, en la productiva, en la educación, en el intercambio entre las personas, en la difusión de noticias e informaciones, en el entretenimiento... Por una parte, la sociedad digital potenciará, quizá hasta el paroxismo, el fenómeno global que ya veníamos percibiendo en muchos aspectos de nuestra vida, como la alimentación, la moda, la motorización o el ocio. Por otra, contribuirá a la invención y descubrimiento de fenómenos hasta ahora desconocidos, directamente ligados al progreso de la realidad virtual.

Conviene de todas formas aclarar qué entendemos por diálogo trasatlántico y definimos sobre cómo la sociedad global habrá de organizarse por regiones geográficas o culturales. Las fronteras virtuales serán siempre difusas, incoherentes, paradójicas, movibles. Las comunidades virtuales se vincularán mediante lazos novedosos, transgresores, pero también recuperarán y potenciarán signos de identidad tradicionales. El papel de la lengua, como vehículo de comunicación y sistema de autoidentificación individual y social, se verá potenciado. El diálogo trasatlántico, en la medida en que es precisamente diálogo, conversación, interconexión, intercambio, se verá profundamente afectado por ello.

Soy de los que piensa, con Jorge Luis Borges, que América es una Europa echada a navegar, pero desde que Internet existe navegantes somos todos y, como he tenido ocasión de explicar en alguno de mis libros, parecemos felizmente condenados a la existencia de los argonautas: navegar es preciso, vivir no lo es tanto. El diálogo trasatlántico se tiene que construir, desde ahora más que nunca, en torno a un triángulo flexible -más amplio y menos misterioso que el de la Bermudas- cuyos vértices iniciales serían Europa, Estados Unidos y

América Latina, y en el que se inscribe otra forma poliédrica definida por el uso del castellano y las raíces históricas y culturales que ello implica. Déjenme que me extienda un poco sobre este punto.

La relativa vecindad de las elecciones presidenciales estadounidenses y el aumento de la minoría hispana en este país han puesto lo latino de moda. El desarrollo y expansión de este fenómeno a través de manifestaciones fácilmente universalizables -y por lo tanto globales- como la música, es evidente. Mucho menos lo es, sin embargo, en otras expresiones colectivas e individuales que deberían permitir la autoidentificación de esa minoría como tal. La comunidad mexicano-americana de un lado, la cubana de otro, y la puertorriqueña o dominicana, por último, aparecen fraccionadas entre sí, relacionadas con sus respectivos lugares de origen, y en gran medida desarraigadas de la actual comunidad norteamericana. Mientras que la minoría negra encontró medios de aglutinamiento y motivos de autoestima en la identificación de esas raíces culturales e históricas, y a partir de ahí puede decirse que comenzó una nueva era para la gente de color estadounidense, lo latino sigue siendo un concepto confuso, ambiguo y no absolutamente asimilado, pero nadie puede negar, sin embargo, que describe una realidad poderosa y pujante. No es cuestión que afecte solo, ni primordialmente, a los Estados Unidos. El propio concepto de Latinoamérica, tan extendido en el lenguaje común, y tan ligado a las representaciones y ensoñaciones revolucionarias de los años sesenta, difícilmente es identificable en el sentir y comportamiento colectivos de muchos de los pueblos que la integran. A Jesús Polanco, doctor honoris causa por esta universidad de Brown, presidente del grupo de empresa culturales en el que yo mismo me desempeño como consejero delegado, importante editor español y, por supuesto, amigo mío, le he oído muchas veces decir que América Latina, contra lo que muchos creen, no es un continente, sino en todo caso un archipiélago. Él tiene autoridad y experiencia suficientes en la materia, pues se trata de uno de los editores más importantes de libros para escolares en todos los países del área, y el más importante de todos en la propia España. Yo me permito añadir que esta consideración de archipiélago es desde luego una buena noticia en tiempos de la navegación universal de Internet. Como aficionado a la mar, siempre he sido de los que piensan que ésta une muchas veces más que separa, a condición, naturalmente, de que se sepa y se quiera navegar por ella.

En el archipiélago latinoamericano el conjunto de islas mayores que supone la comunidad hispana de los Estados Unidos comienza a ser tan relevante -en algunos aspectos, más- como los grandes países (México, Argentina, Colombia) y Brasil emerge como potencia formidable -siempre lo fue- que acaba de decretar la cooficialidad del español. La comunidad trasatlántica de habla hispana es mucho más que una entelequia o que el fruto de la retórica -aunque la retórica y la liturgia siguen siendo importantes en las manifestaciones humanas. La red puede y debe ser el vehículo preferente que logre aglutinarla.

Cuestión diferente, aunque íntimamente relacionada con esta, es la de las raíces, culturales, históricas o de cualquier otro género de la comunidad latina o hispana en los Estados Unidos. Es preciso que la sociedad hispanohablante mundial contribuya a ese esfuerzo de búsqueda y solidaridad, de forma que los ya casi cuarenta millones de norteamericanos que pueden integrarse en esa primera minoría encuentren códigos de identificación que les permitan aunar conciencias y esfuerzos. Pocos norteamericanos, y casi ninguno de mis

compatriotas, saben que la primera ciudad fundada por europeos en su país fue San Agustín, en la Florida, establecida por los españoles mucho antes de que desembarcaran los inmigrantes del Mayflower, las gesta de la conquista y colonización de California está en gran parte por divulgar, y las correrías de Hernando de Soto por el sureste del país son un relato reservado para historiadores o entendidos. Incluso la presencia cubana en Tampa, muy anterior al exilio provocado por Fidel Castro, e íntimamente relacionada con el rechazo de un sector de la alta burguesía a la dominación española en Cuba, apenas es valorada en su debida dimensión por lo actuales habitantes de Florida. Con todo esto, quiero significar que los latinos o hispanos norteamericanos tienen una raíces históricas, culturales y lingüísticas que van mucho más allá, directa o indirectamente, de la apurada aventura de los espaldas mojadas, el exilio anticastrista o la inmigración reciente desde Puerto Rico. Devolver a esta comunidad hispana el orgullo de serlo, no en tanto que refugiados o fugitivos, sino en tanto que fundadores, también ellos, de la nación americana, sería una forma de contribuir a poner en valor su condición latina, que no es algo ajeno, marginal o prestado al ser de Norteamérica, sino que está presente desde los albores de su fundación como estado moderno.

El carácter global de la red, decía antes, facilitará felizmente el diálogo entre los vértices del triángulo euroamericano y los del poliedro hispánico. Pero para que eso suceda es preciso, primero, un desarrollo adecuado de las infraestructuras. Me refiero, desde luego a las demandas técnicas, como el despliegue de redes o distribución de terminales, pero también a otro tipo de requerimientos más difíciles y costosos de atender. Cuando hablamos de la necesidad de garantizar un fácil acceso a la utilización de la red no nos referimos solo al acceso estrictamente físico o tecnológico, aunque este sea imprescindible, sino a la capacidad de manejo y comprensión de los nuevos sistemas por parte de los usuarios. La alta concentración de infraestructuras técnicas y de know-how operacional que existe en Estados Unidos descompensa formidablemente, hoy por hoy, la circulación de ideas, conocimientos e información a través de este sistema que se autodefine como planetario. Los países de América Latina y no pocos de los europeos -no tan avanzados como algunos suponen o presumen- han de hacer un esfuerzo titánico en la instalación de infraestructuras de tecnología avanzada y en la formación adecuada de los usuarios destinados a servirse de ellas. El peculiar comportamiento del mercado, dispuesto siempre a realizar más y más inversiones productivas o financieras allí precisamente donde ya sobran, no servirá para corregir los desequilibrios en este aspecto. En un momento en que todo parece conspirar contra la supervivencia del Estado nación tal y como lo hemos conocido y en el que el papel de lo público parece a manos de un neoconservadurismo exacerbado, y un poco naïf cuando no resulta definitivamente culpable, es preciso reivindicar desde el principio de subsidiariedad la necesaria intervención pública que permita no solo evitar que se ensanchen las diferencias entre zonas desarrolladas y menos desarrolladas del globo sino, sobre todo, de procurar que se achiquen las distancias. Sin un esfuerzo conjunto que aúne los intereses de las empresas privadas y los representantes políticos, será imposible que tal cosa suceda.

Por otra parte, aunque el crecimiento de la red es en gran medida autónomo y desordenado -de caótico lo hemos definido antes-, no es absolutamente incontrolable, sobre todo a la hora de ayudar su alumbramiento. Enseñanza y sanidad, junto a las demandas de las pequeñas y medianas empresas, deben recibir atención prioritaria de cuantos planes se

hagan al respecto. La creación de comunidades virtuales entre universidades latinas es ya una realidad incipiente que se produce a ambas orillas del atlántico. La experiencia debe ampliarse al nivel del segundo grado, con la implantación de bachilleratos virtuales interactivos y, sobre todo, con la elaboración y puesta en marcha de planes de formación del profesorado a fin de que este aprenda no solo a servirse de la tecnología, sino, sobre todo, a cambiar su mentalidad. La sociedad digital implica una revolución del pensamiento, un cambio de punto de vista, desde luego, pero no solo eso sino una nueva *weltanschauung*, una concepción del mundo novedosa y diferente a cuantas habíamos conocido. Si los maestros, los profesores, los empresarios, los líderes sociales no aprenden esto, no lo incorporan a su comportamiento y lo interiorizan -como ahora se dice-, las posibilidades de expansión de las nuevas tecnologías se verán limitadas, crecerá el riesgo de los desequilibrios regionales y aumentará el bagaje mundial de las injusticias. Esto que digo no solo vale para la comparación obvia entre países ricos y pobres, sino entre zonas o clases de un mismo país, de una misma comunidad política. En los propios Estados Unidos de América hay todavía millones -en plural- de ciudadanos que no tienen teléfono ni fácil acceso a él. Obligación nuestra es que la comunidad latina o hispanohablante no se vea castigada también en eso por las estadísticas. Por lo demás, no se insistirá bastante en que no se trata de enseñar tecnología a la gente, no se trata de convertir a nuestros maestros en unos expertos en tecnología, sino de ayudarles a servirse de ella para la enseñanza y la ilustración de los demás. Los sistemas de educación reglada -cualquiera que sea el nivel en que se impartan- están llamados a experimentar profundas transformaciones en un futuro próximo, y la comunidad de docente ha de estar preparada para interpretar y conducir adecuadamente los cambios.

Permítanme, por último, retornar a la cuestión lingüística, tan irremediabilmente unida al concepto de la comunidad hispánica. Demasiadas veces he insistido ya en que, pese todas sus obvias contradicciones, la sociedad global de la comunicación conduce a una formidable homogeneización cultural con la que convivirán, de forma paradójica y bastante azarosa, identidades, tradiciones, sensibilidades y expresiones locales, que multiplicarán su presencia. El resultado final será una igualación progresiva, y quizás abrasiva, de saberes y valores. La expresión lingüística se verá fundamentalmente afectada por la extensión del inglés, que ocupa hoy entre un setenta y cinco y un ochenta por ciento de los intercambios en la red. Cualquier ciudadano que quiera ejercer plenamente sus derechos como tal tendrá necesidad de un cierto dominio funcional de este idioma. Pero la fuerza expansiva del castellano se pone de relieve ante nuestros ojos día a día. Es difícil pronosticar si Internet será finalmente bilingüe en los Estados Unidos pero, si llega a serlo, hablará el español como segunda lengua.

Quienes creemos que el castellano simboliza y encarna la raíz cultural e histórica de la comunidad hispánica, y conocemos y promovemos la fuerza de su unidad lingüística, debemos esforzarnos por proveer a la red de contenidos en español. El reciente acuerdo entre Microsoft y la Real Academia Española, en representación de todas las academias de la lengua de América Latina, se orienta precisamente a procurar y potenciar dicha unidad lingüística frente a la amenaza de corrosión y dispersión que en este sentido puede suponer la aplicación de las nuevas tecnologías. El diálogo latino trasatlántico se verá indudablemente beneficiado por ello. Una lengua común es una historia común, una cultura, unos orígenes y un destino comunes. Y un instrumento incalculablemente valioso

para fomentar la comprensión y el entendimiento mutuos, el desarrollo intelectual y el progreso científico, única forma de liberar a los pueblos de la opresión, la miseria y la ignorancia, y de no sucumbir al terrible diagnóstico de Rousseau: "los esclavos pierden todo en sus cadenas, incluso el deseo de liberarse de ellas."

Juan Luis Cebrián
Real Academia Española